

Nair María ANAYA FERREIRA y Claudia LUCOTTI ALEXANDER, eds., *Ensayos sobre poscolonialismo y literatura*. México, UNAM, FFL, 2008, 206 pp.

Los diez ensayos que componen esta antología son producto de un coloquio, el cual tuvo lugar el año 2001. Es aconsejable no entrar en consideraciones sobre lo tardío de la edición, que los vericuetos administrativos en ocasiones pertenecen a la literatura gótica, y celebremos la presencia del libro que, informa el “Prefacio”, es primera etapa de un largo recorrido. Cabe preguntarse ¿largo por qué? Porque el tema lo amerita de sobra: poscolonialismo y literatura. Tema que fue polémico, tema que continúa siéndolo, tal y como permite comprobarlo la lectura del volumen. Polémico desde varios ángulos, que van desde meditar uno más bien inocente, la pertinencia del guión entre “pos” y “colonialismo”, hasta otro de mayor peso: decidir qué habrá de entenderse por literatura poscolonial; o bien desde preguntarse qué hacer con la lengua del “imperio” hasta investigar si ciertas expresiones artísticas y estéticas son pertinentes de incluir en el campo de estudio.

De modo natural los ensayos se dividen en dos grupos: los que directamente abordan el tema del poscolonialismo, manejándolo como un problema cultural y, por lo mismo, social, y aquellos dedicados a examinar cómo se expresa el problema en alguna figura literaria, llámese Margaret Atwood o Joy Kogawa, trátase de Derek Walcott o Nadine Gordimer. El volumen abre sabiamente con un ensayo de Nair Anaya, de título sintomático: “Tramas y trampas del poscolonialismo”. La autora repasa en su texto cuál es el panorama existente. Resumiéndolo al extremo, quedaría en que el poscolonialismo tiene muchas facetas y que las generalizaciones extremas no son prudentes. Sin embargo, una de las afirmaciones viene al caso porque expresa bien el núcleo del problema: “Ninguna colonización es inocente, como tampoco lo es el concepto de civilización y la idea implícita de superioridad que éste conlleva”. Ésta que es la consideración central adquiere distintos rostros en los diversos capítulos.

Cuando Laura López Morales se adentra en el tema, lo hace examinando hasta dónde lo general se aplica a lo particular, haciendo su exploración en campos que le son harto conocidos: las literaturas francófonas. Manejando con inteligencia ciertos sucesos históricos, nos hace ver qué cambios se dieron una vez que las colonias adquirieron la independencia. Bueno, pues cada caso es un caso y, en cuanto a la lengua, nos recuerda que existe un heterolingüismo en la zona del Caribe y lo que éste significa. Quizás lo más importante del volumen que me ocupa es manifestar la necesidad de revisar y, en ocasiones, rectificar los conceptos que se han ido creando respecto al poscolonialismo.

Otro aspecto interesante: ¿qué de Latinoamérica, cuya independencia se dio temprano? El problema lo examina Enrique Camacho Navarro en su ensayo “América Latina y el paradigma del poscolonialismo”, tema que se presta a varias consideraciones. El meollo del asunto es el examen de cuál ha sido la recepción de la propuesta poscolonial en América Latina, que igual fue de rechazo en un principio que de aceptación posterior, aceptación que no vino sin sus adaptaciones. Y éstas, las adaptaciones, se constituyen

de pronto en un elemento de inevitable y constante presencia: el concepto de poscolonialismo ha ido cambiando con el tiempo y según la geografía donde surge.

América Latina, con subrayado especial de Cuba, aparece también en el ensayo de Nara Araújo, quien atiende a las cuestiones poscoloniales dándoles una perspectiva feminista. El texto es interesante y complejo, haciéndonos ver que pueden darse varias lecturas de las obras que constituyen el canon y, aspecto muy interesante, el modo en que los cambios ocurridos conllevan “la ampliación del concepto mismo de literatura y de la *literariedad*”, así como “la indeterminación de los géneros literarios”. Este libro abunda en ideas provocadoras, que permiten un diálogo de acuerdos, pero también otro de disidencias, ocasionalmente ocurridas entre los autores mismos.

Cuando entramos al terreno de los ensayos más atinados a un aspecto de la cuestión o a un escritor en lo particular, el interés no disminuye. Gabriel Weisz aborda el problema de la otredad inhabilitada. Es decir, lo que significa en términos sociales y políticos el rechazo de lo que no se parece a nosotros, y que se establece como un elemento conformador del colonialismo y, por lo tanto, del poscolonialismo. ¿Cómo no aceptar una de las afirmaciones con que abre el ensayo: “Dentro de una cultura de la negación de la otredad se fomenta la violencia extrema...”?

En este bloque de ensayos los autores aprovechan uno de sus terrenos de especialidad para escribir sobre el poscolonialismo. Así, Claudia Lucotti atiende a Margaret Atwood y aprovecha el uso de los espacios geográficos que la escritora incluye como parte de su literatura para analizar el tema. Aunque el ensamble de ambos elementos parezca un tanto forzado no lo es, pues se trata de “recuperar aquellos espacios investidos de significado por las clases inferiores dentro de una estructura colonial”. Aprovechando la figura de la japonesa-canadiense Joy Kogawa, Julia Constantino estudia un ángulo del problema que resulta muy interesante: cómo proponer una identidad histórica ajena a lo aceptado hegemonicamente. En cuanto al ensayo de Irene Artigas, se agrega a la exploración de la ecfrosis que la autora viene haciendo con tan buen oficio. En este caso, un poema de Derek Walcott, titulado “El jinete polaco”, sirve de base para una comparación con la pintura de Rembrandt del mismo nombre. Y la comparación, a su vez, permite una exploración del sentido de otredad, que es puerta de entrada para ideas poscoloniales, puesto que Walcott hace de todo esto un símbolo de la cultura caribeña.

Charlotte Broad toma una obra de Nadine Gordimer, *The House Gun*, para examinar cómo la literatura sudafricana fue alejándose de los “códigos miméticos del pasado” y lo escabroso que ha sido el camino. En cuanto al ensayo de Marlene Rall, se aboca a examinar lo que han significado las relaciones de Europa con el resto del mundo, especialmente con América Latina. Una idea me atrajo sobremanera: aquella de apoderarse del otro con la excusa de imponerle el bien. Aquí entra el término intraducible de “Herrensmench”, cuyo sentido aproximado es “hombre amo o dueño”, y que bien representa la problemática examinada. Un texto de Theodor Storm analizado con minucia sirve de ejemplo a lo anteriormente planteado como teoría.

Este muy breve recorrido por el libro reseñado permite concluir que el tema del poscolonialismo, y por tanto el de la literatura poscolonial, está muy, pero muy lejos

de haberse agotado. Permite, asimismo, comprender que no es una condición artística y social de abordaje único. Que la cuestión está muy viva y muy coleando es de ver en que ya se den controversias entre los estudiosos del tema. La antología preparada por Nair Anaya y Claudia Lucotti tiene el mérito primero de hacernos comprender la importancia del problema estudiado; enseguida, el de presentarnos, mediante los diez ensayos que la componen, la variedad de abordajes que el tema permite. Por otro lado, la bibliografía que acompaña a cada texto abre caminos de exploración al lector inquieto de adentrarse más en estas cuestiones.

Federico PATÁN